

NUEVA RELACION, Y MYSTICO ROMANCE, EN QUE SE dà cuenta, y declaran en metafora de ensueño los quatro Novisimos, ó Postrimerias del hombre, descripcion del Paraíso Terrenal, y la amenidad del Mundo.

PRIMERA PARTE.

OIgan el dulce clarìn
de mi lyra ſiépre clara,
q̃ al ſon de aqueſte inſtrumé-
y ſu dulce conſonancia, (to,
es abreviada Syrena,
ò Filomèna de plata,
que divierte los ſentidos,
y à muchos el ocio eſpanta.
Suſpendan todos atentos
por un corto rato el habla,
mientras hago relacion
de un enſueño que me paſſa,
aunque es verdad, q̃ me dicen
los diez Preceptos de Gracia:
en el primero, que Dios
le eſcribiò en aquella Tabla
al gran Capitan Moysès,
quando vido arder la Zarza,
que no crea en los enſueños,
en agueros, y en patrañas,
ni en los perfidos hechizos,
y que ſi hago la contraria,
ofen-

ofendo à Dios infinito,
y precipito mi alma.
Oygan el caſo preſente
ſin eſcrupulo de nada:
Hallabame cierta noche
fatigado de la carga
del exercicio, que es
afan de la vida humana,
y queriendo deſcanſar,
me [redacted] ò cama,
y apenas puedo decir,
que à dormirme comenzaba,
quando entre quatromãcebos
me ſacaron en volandas,
de ſuerte que no ſentè
ſobre la tierra mis plantas,
haſta que á muy largo trecho
me ſoltaron de ſus garras:
Volvi en mi, no eſtando é mi,
ſolo por vèr donde eſtaba,
y regiſtrando la viſta
todo quanto ſe alcanzaba,
era un hermoſo pensìl
de flores de tal fragrancia,
que conſenti, que alli el Cielo
ſus incienſos derramaba.
Alli eſquadradas las flores
en lineas bien argentadas,
de flores formaban flores,
al parecer dibujadas.
Alli el ayre, que corria,
tan ſalutifero eſtaba,
que ſiendo de debil carne,
me pareciò de que eſtaba
robuſto con hermoſura,
en carnes muy moderadas.
Alli cinco hermoſas fuentes
de un riſco ſe deſpeñaban,
con q̃ inundaban los campos
de aquel vergèl, ò aquel mapa,
y ſiendo de blanca nieve,
en criſtal ſe tranſmutaban,
y en un anchuroſo eſtanque
ſe recogian las aguas,
con el pretexto de ſer
claro eſpejo, en que miraba
el Cielo ſu azul veſtido
cubierto de Eſtrellas claras.
Alli los verdes cypreſes,
y las fructiferas plantas,
los Arrayanes, y Murtas,
los Laureles, y las Palmas
no permitieron que el Sol
ſus troncos les regiſtrara,
ſiendo ſus verdes pimpollos
penachos, que lo eſtorvaban.
Alli las canoras aves
tan dulcemente cantaban,
que

que tuve pór muy divinos
los canticos que alternaban,
pues lo dulce de ſus voces,
que eran del Cielo indicaban.
No me canſaba de oir,
ni de vèr me faſtidiaba,
no me acordaba del mundo,
ni en tal coſa imaginaba,
ſolo todo mi cuydado,
mi anhelo, mi vigilancia,
mis deſeos, y mis guſtos,
curioſidad, y eficacia
todo lo cifraba en vèr
grandeza tan ſoberana.
Aqui me hallè en un Palacio,
cuya fabrica tan rara
le atajò à la admiracion
caminos, ſendas, piſadas,
dexandola largo tiempo
metida en eſpecularla.
Las puertas de eſte Palacio
eran de una piedra blanca
tan candida, que eſtorvó
à mi viſta la mirara.
Columnas, y pedeſtales,
remates, cornifas, baſas
eran azules, y todas
labradas de hermoſa talla.
La impoſta que à eſte Palacio
en redondo circundaban
era de un jaſpe encarnado,
aun mas que purpura grana.
Los hermoſos chapiteles,
que en porcion ſe maquinabã
eran taladros, que agudos
à los vientos taladraban.
Los hermoſos mauſeòlos,
y Polifemos de fama,
eran [redacted], que el Orbe
[redacted]bre ellas entivaba.
A ſus puertas me afirmè,
en las quales ſe obſtentaban
dos venerables Ancianos,
con viſta al ſuelo inclinada,
veſtidos de Nazarenos,
al modo que Chriſto uſaba.
Mirando eſtaba, y de adentro
ſaliò una muger anciana,
hizome ſeñas, que entraſſe
muy atenta, y corteſana,
me recibiò, y me llevò
à una galeria, ò ſala,
cuyos techos, y paredes
los mirè de filigrana
con precioſiſsimas piedras
de Diamantes, y Eſmeraldas,
Carbunclos, Topacios, Ingas,
y Cryſolitos doradas,

Venturinas, y Rubìes,
con Ametiſtas moradas;
de ſuerte, que tantos rayos
las dichas piedras vibraban,
que eſtuve porque alli el Sol
ſus rayos comunicaba.
Muchas laminas de oro,
balcones, puertas, ventanas
de lo miſmo, y cornucopias
de muy bien bru[illegible] plata,
alfombras de hermoſas ſedas,
ricas meſas de campaña,
tranſportines de marfil
con embutidos de nacar.
Viendo la anciana muger,
que admirado me quedaba,
me ſacó para que vieſſe
en ſus manos una alhaja,
diciendome: Aqui veràs
la pren la mas eſtimada,
que tengo en eſte Palacio,
à cuyo valor no iguala
quanto ſuſtenta la tierra,
y el mar en ſu interior guarda.
Abriòſe, y era un Eſpejo
con tres criſtalinas caras:

En la primera mirè
grande infinidad de almas,
que en torpes, vanos deleytes
la humana vida paſſaban,
unos tocando inſtrumentos,
otros cantando cantadas,
otros con ricos caballos,
otros fatigando caza,
otros con ricas carrozas,
otros con ligeras danzas,
otros jugando à los naypes,
otros con coſtoſas galas,
otros con ricos banquetes,
otros regalando Damas.
Y faſtidiado de verle,
paſsè à la ſegunda cara
del Eſpejo, donde pido,
que con mayor eficacia
me atiendan mientras deſcifro
en otra ſucinta mapa
del final Juycio, y la Gloria
algunas ſeñas, y cauſas,
del Infierno, y de la Muerte,
por ſer en que todo acaba.
Y tambien Pedro Portillo
dá fin à eſta primer plana.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Juan de Medina, y San-Tiago, Plazuela de las Cañas, donde ſe hallará de todo genero de ſurtimiento.